

NEW LEFT REVIEW 91

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2015

ARTÍCULOS

WANG CHAOHUA	¿La historia de éxito del pcch?	7
FRANCO MORETTI	Lukács y la novela	43

ENTREVISTA

EVGENY MOROZOV	¡Socializar los centros de datos!	47
----------------	-----------------------------------	----

ARTÍCULOS

GOPAL BALAKRISHNAN	Marx, el abolicionista II	71
MAURICIO VELÁSQUEZ	La batalla de Bogotá	106

CRÍTICA

ANDERS STEPHANSON	Caleidoscopios del poder	129
BARRY SCHWABSKY	La pesadilla de Goethe	145
JEFFERY R. WEBER	La aurora rebelde	153

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Michael Mann, *The Sources of Social Power, Vol. IV: Globalizations, 1945-2011*
Cambridge, Cambridge University Press, 2012, 496 pp.

ANDERS STEPHANSON

VANGUARDIA IMPERIAL

La portada de este cuarto y (quizá) último tomo de la muy ambiciosa «historia del poder en las sociedades humanas», de Michael Mann, muestra una fotografía de la Tierra tomada desde el espacio. Es una manera obvia de ilustrar la temática de la globalización, pero extrañamente la imagen muestra el continente africano, sobre el cual no se dice prácticamente nada en el texto mismo. Sin embargo, en términos del propio Mann, esta ausencia no ha de extrañarnos. Su sociología histórica no pretende tanto dar cuenta del poder en general como de su «vanguardia» (él pone el término *leading edge* entre comillas); y África no pertenece a esa vanguardia, ni es tampoco un teatro donde la vanguardia, por así decirlo, escenifique su función principal. El protagonista de dicha función es Estados Unidos, el único imperio mundial de la historia y, como tal, una de las formas de la globalización –junto con el capitalismo y el Estado-nación– en las que se puede ver retrospectivamente cómo el poder ha cristalizado durante el periodo en cuestión. Ese aspecto retrospectivo –ese «al final resultó que»– es esencial. Mann tiene un enorme interés en cómo funcionan las cosas y cuándo funcionan bien a nivel de poder colectivo. En este sentido, los resultados son de suma importancia. Si en 1945 había en el mundo dos imperios rivales, al final resultó que solo quedó uno funcionando, o que al menos hasta ahora funcionaba. La historia de Mann es una historia acerca de qué y quién prevaleció. Se trata también, por lo tanto, de historia leída resueltamente hacia atrás.

Este es el motivo que explica la casi invisibilidad de África. Y esta es también la razón de que la historia de la alternativa soviética sea casi exclusivamente la historia de su fracaso, o más precisamente, de su crisis terminal. Una página y media y ya estamos en el periodo de Brezhnev. La era posestalinista dominada por Kruschev merece un solo párrafo, aunque coincida con el momento en que la Unión Soviética constituyó la mayor preocupación para Estados Unidos en tanto que modelo de modernización y crecimiento. Después de unos cuantos chistes «rusos» bastante desafortunados, Mann brinda una excelente descripción de la implosión soviética, haciendo hincapié con razón en el hecho de que la URSS fue desintegrada involuntariamente desde arriba hacia abajo, y no por presiones externas del gobierno de Reagan: el sistema soviético, aunque estancado, no estaba «objetivamente» en ninguna crisis aguda cuando el admirable pero equivocado Gorbachov inició la deriva hacia el desastre. Nada que lamentar, dice Mann: «Nadie debe derramar una lágrima por la caída de la Unión Soviética». Era antidemocrática y, en cualquier caso, no constituía una alternativa dinámica. A continuación procede a exponer con detalle estadístico cuán catastrófica fue la caída para la gran mayoría de la población de la antigua Unión Soviética. Acto seguido, sin embargo, Mann ya ha pasado a centrarse en lo que considera una alternativa mucho más interesante y emocionante: la china.

El marco temporal de este volumen, de 1945 hasta el presente, se corresponde casi exactamente con la propia vida de Michael Mann. Inevitablemente, en él las opiniones políticas del autor entran en juego. Una cosa es escribir con cierto desapego en el volumen I sobre las crueldades genocidas de los asirios en la antigua Mesopotamia (que al parecer funcionaba bastante bien, al menos por un tiempo), y otra muy distinta tratar casos análogos del siglo xx. Mann emite juicios sin mayor pudor, y rara vez cubre sus apuestas. No le preocupa la controversia historiográfica, excepto cuando tiene ocasión de decir que los dos lados de una discusión son igualmente exagerados. Se limita a seleccionar materiales que están ya a mano (en inglés), los amolda a su propia historia y a continuación sitúa la historia en un marco más amplio, para hacer por fin lo que realmente le gusta, que es pronunciarse sobre un enfoque o una política determinados. Es un paquete cerrado que Mann lanza desde una posición que él juzga definitiva y más razonable que las demás, a saber: el compromiso socialdemócrata con un capitalismo temperado y racionalizado en el proceso de establecimiento de un Estado-nación apropiado. Esta es la orientación que marcó a Occidente en la posguerra, «la edad dorada» –término y periodización que toma prestados de Eric Hobsbawm–, y que por desgracia llegó a su fin en la década de 1970. Mann, el antiguo socialista, se ha convertido en un defensor declarado del *lib-lab* [el pacto entre el Partido Liberal y el Laborista de Gran Bretaña], una perspectiva que informa el presente volumen de principio a fin. Después de acometer una

empresa tan asombrosa, concretada en varios volúmenes además de varios libros al hilo de la misma, desde luego se ha ganado el derecho a opinar. Puede y debe leerse con el mismo espíritu polémico.

Los lectores de Mann estarán familiarizados con su puesta en escena. Yo la llamo la MMM: la Michael Mann Machine. Se inicia con una premisa antropológica y prosigue con un modelo sociológico: los seres humanos desean cosas sin descanso y en un momento determinado, al encontrarse en un «nicho» productor de excedentes –la agricultura de aluvión fluvial–, comienza ese movimiento social ascendente en la historia que conocemos como civilización. Para hacer las cosas, uno necesita poder. Existen principalmente cuatro tipos transhistóricos de poder (entendidos como fuentes/recursos): el ideológico, el económico, el militar y el político, para abreviar. Son diferentes, pero en principio tienen la misma relevancia. Si atendiéramos a la secuencia temporal que él utiliza, la fórmula podría muy bien ser, digamos, militar, económico, político, ideológico, pero en el libro nunca aparece por ese orden. Mann escoge estos tipos de poder porque son «de una realidad relativamente consistente y duradera». La ideología, por la que los humanos le dan un sentido a su mundo, se distingue por ser una reacción, sobre todo en situaciones de crisis, a los otros tres poderes. El poder económico es el más acumulativo y, en cierto modo, el más autónomo, mientras que el poder militar entendido como violencia organizada y concentrada es el más contingente, pues las decisiones y las batallas están sujetas a caprichos impredecibles. Por último, el poder político consiste esencialmente en producción de dominación territorializada, que no es otra cosa que el Estado (Mann es provocativamente convencional en este punto). Este cuarteto se puede combinar –«entrelazar»– de diversas maneras y en formas históricamente dinámicas para cristalizar en construcciones sociales específicas. En el periodo que nos ocupa, la construcción social más vanguardista es esa combinación de capitalismo, imperio y Estado-nación que Estados Unidos encarna como nadie. Considerada en su totalidad, sin embargo, la historia entendida como saltos de civilización ha sido típicamente un proceso dialéctico de avances materiales seguidos de las conquistas de los señores de las fronteras y de una ampliación del escenario geográfico (imperialismo), seguida a su vez por más progreso y así sucesivamente.

El modelo (el poder como fuentes/recursos funcionales), las categorías y su misma separación son discutibles, pero esto lo podemos pasar por alto. Claramente, el poder que le plantea más problemas a Mann es el ideológico. Su delimitación es difusa. Excluye, por ejemplo, el hip-hop y Hollywood, centrándose en cambio en las ideologías religiosas y políticas. Esto se antoja arbitrario. Incluso dentro del campo de lo que antes se llamaba «discursos relativamente coherentes», Mann siente cierta aprensión hacia la ideología: aprecia en ella una tendencia a generar movimientos trascendentes y

utópicos que imponen esquemas imposibles y destructivos. Con demasiada frecuencia los seres humanos eligen mal y terminan en la locura. Aquí la polaridad inicial se da entre la ideología según las líneas de Durkheim (como un medio para aumentar el poder de la solidaridad y la cohesión en las formaciones sociales) y la ideología según las nociones weberianas de valor-racionalidad, donde no puede haber jerarquía cuando se trata de valores últimos. La ideología puede, por lo tanto, ser una cosa muy positiva en el relato de Mann. Así, por ejemplo, el argumento central del volumen I es que la «pacificación normativa» (cortesía del cristianismo) fue de gran ayuda en la Europa medieval, en contraste con la táctica subsiguiente, el valor-racional de los partidarios de la Reforma (a quienes Mann piensa típicamente que Roma podía y debía haber engatusado con algunas concesiones doctrinales). En este cuarto volumen, como en su versión del siglo XX en general, la ideología es de entrada un fenómeno peligroso, que lleva a la antítesis del compromiso razonable: el exceso utópico. Por lo tanto, hay en Mann una polaridad central de juicio, que contrapone lo racional/sensato a lo irracional/necio. Se diría que nunca hay razón para no ser razonable.

Desde ese punto de vista de la racionalidad, el volumen IV se centra más que nada en el poder económico y en el político. La ideología es un asunto complejo y el poder militar, en este periodo, está felizmente decayendo. Mirando hacia atrás, cuando todo ha sido ya dicho, encuentra que «ha sido un buen periodo para la raza humana». Sin embargo, esto se contradice en gran medida por el relato que hace de los acontecimientos fácticos. De forma muy esquemática, estos se suceden de la siguiente manera. Después de la Segunda Guerra Mundial, las lecciones aprendidas y las demandas de las sacrificadas masas obligaron al capitalismo avanzado a adentrarse en una edad de oro de la reforma y la igualdad relativa, regulada por los Estados-nación en cooperación bajo la hegemonía benigna de Estados Unidos y en el marco del sistema de Bretton Woods. Había estabilidad política y compromiso de clase, un «capitalismo de alta producción y de alto consumo», y una extensión de la ciudadanía social (es decir, una expansión del bienestar y la seguridad). Los niveles de vida mejoraron junto con la productividad y el empleo. Las masas estaban ocupando el centro de la escena. La vida, en términos relativos, era buena.

La edad de oro llegó a un abrupto final en la década de 1970. El éxito neokeynesiano trajo consigo su propia caída en forma de sobreacumulación, de exceso de producción, además de otros trastornos: la subida de los precios del petróleo por parte de la OPEP, la estanflación, la incipiente financiarización, la transferencia de la producción a las zonas de bajos salarios, el fin del compromiso social y la aparición de la solución desastrosa, neoliberal, del fundamentalismo de mercado, que alcanzaría su punto álgido en las décadas de 1980 y 1990. El neoliberalismo no logró traer la ansiada

recuperación (desde el punto de vista de la mayoría); y cuando llegó, lo hizo principalmente a los países de habla inglesa, junto al sector financiero ahora globalizado y enormemente expandido. Durante un tiempo, en la década de 1990, el neoliberalismo también encontró una oportunidad para infligir su desastrosa «terapia de choque» a las masas rusas. Siguió, como era previsible, la Gran Recesión Neoliberal de 2008 en adelante, provocada en última instancia por la ausencia de regulación estatal adecuada. Todavía nos estamos recuperando. Desde la década de 1970, en conjunto y a pesar de las concesiones inevitables a la financiarización, los Estados menos neoliberales salieron mejor parados. Sin embargo, más allá de conservar lo existente, no hay solución *lib-lab* neo-neokeynesiana a la vista.

Este es un relato lo suficientemente claro, aunque convencional, de la década de 1970. Dos cuestiones, con todo, siguen estando un tanto borrosas. Mann está visiblemente indignado por el neoliberalismo: «Los pobres se llevaron la peor parte, el movimiento obrero parecía terminado, la clase media tenía que agradecer las migajas y las transferencias de todos ellos ayudaron a los ricos a hacerse más ricos». No tiene en cuenta la importancia de los *Ordoliberalen* alemanes, si bien cualquier ataque al neoliberalismo es bien recibido. Mann se emplea en la tarea con ese método tan típico en él, pleno de detalles mordaces a lo largo de más de dos importantes capítulos y aproximadamente noventa páginas. El fundamentalismo de mercado es evidentemente falso. Contra el relato clásico de Karl Polanyi, nos dice, el capitalismo no se reforma a sí mismo homeopáticamente. El capitalismo puro podrá ser un imposible, como insistía Polanyi; pero según Mann necesita en todo caso ser activamente domado, regulado y corregido, y para que eso ocurra tiene que haber lucha y fuerzas compensatorias, sobre todo una vigorosa alianza *lib-lab* y una presencia sindical. La edad de oro fue simplemente el producto de un capitalismo regulado y socialmente orientado en el contexto de unos Estados-nación con autoridad y con poderosos movimientos sociopolíticos en su seno. Por el contrario, la Gran Recesión es un ejemplo gráfico de lo que ocurre cuando faltan tales fuerzas compensatorias. Y, sin embargo, Mann también parece decir que la crisis de la década de 1970 era algo muy real, y que la edad de oro habría terminado de todos modos, *sin importar quién estuviera al mando*. Si eso era así, no había soluciones progresistas a la crisis, sino solo malas, de las cuales la neoliberal era la peor de todas. Al mismo tiempo, sugiere que la causalidad también funcionaba en sentido contrario. Entonces, la pregunta que surge es hasta qué punto la crisis, una vez en marcha, era en última instancia un producto ideológico del neoliberalismo irracional y de la fatiga neokeynesiana. Es difícil de decir. Por otra parte, tampoco es evidente qué podría haberse planteado como alternativa, aparte de la acción defensiva y esperar lo mejor. Mann es perfectamente consciente de que las condiciones esenciales que propiciaron la «edad de oro» ya no se daban, y que tampoco podían ser recreadas.

En segundo lugar, Mann es ambiguo en cuanto a la relación entre su protagonista, Estados Unidos, y el neoliberalismo. Estados Unidos aparece de distinta guisa y en diferentes contextos: como actor principal en el orden internacional, como escenario de política interna, como un «imperio» en el mundo, o como defensor y sede principal del neoliberalismo. La periodización de Mann sigue el modelo descrito anteriormente, si bien en este caso adopta una forma más débil. En términos económicos la Segunda Guerra Mundial fue sorprendentemente buena para Estados Unidos, cuyo PIB aumentó el 55 por 100 entre 1939 y 1944 sin que hubiera destrucción que descontar. Sin embargo, allí la edad de oro tuvo menos presencia de la clase obrera, por lo que el momento *lib-lab* fue más corto y superficial. Después de la década de 1940 –una década única, en la que la desigualdad en la renta y la riqueza disminuyó– el movimiento obrero pasó a la defensiva, empujado en parte por la ideología general del anticomunismo. Si hubo mejoras tangibles, ello fue principalmente gracias a la extensión del consumo más que de la ciudadanía social. Después la reforma *lib-lab* se fue apagando paulatinamente, y de forma más pronunciada tras el esfuerzo final realizado a mediados de la década de 1960. Aquel fue también el momento en que la política de la identidad empieza a suplantar a la política de clase: Mann ofrece un extenso relato de la lucha por los derechos civiles, la única de aquellas posiciones ideológicas que parece aprobar en términos de valor racional. En lo que respecta a los movimientos identitarios posteriores, se muestra ambivalente. Después vinieron la crisis y la reestructuración de la década de 1970, que inauguran un momento neoliberal que dura hasta el presente. Mann señala, pero no analiza de forma sistemática, la disfuncionalidad del sistema político (se podría decir que, después de todo, estaba diseñado desde el inicio precisamente para que no funcionara). Tampoco hace ningún análisis sostenido de la clase dominante, lo cual es sorprendente teniendo en cuenta que en otra ocasión puso bastante empeño en hacer ese tipo de sociología, y que además le habría ofrecido un buen puente para pasar al problema del imperio y el orden internacional. Como ocurre a menudo, su mejor versión aparece cuando se enfrenta a «la cuestión de Engels»: la condición de la clase obrera y de las categorías sociales relacionadas con ella.

Como quiera que el neoliberalismo fue más pronunciado en Estados Unidos, la escala de error debería haber hecho que los efectos de la crisis fueran proporcionalmente más graves allí (en contraste con, por ejemplo, los países nórdicos en Europa o incluso la misma UE). Sin embargo, Mann desafía a los teóricos de los sistemas-mundo en la cuestión de la decadencia: para Estados Unidos la recesión de la década de 1970 resulta que fue una *oportunidad* para retrasar la crisis todavía unas décadas, permitiéndole beneficiarse ampliamente de su posición señorial. Ciertamente, el resultado final –un capitalismo asimétrico con enormes desigualdades– puede llegar a

socavar el poder estadounidense, pero hasta ahora el hecho es que a Estados Unidos le ha ido mejor, lo cual solo puede significar que el neoliberalismo mantuvo el imperio norteamericano en bastante buen estado, al menos en relación con otras potencias capitalistas. Ni siquiera la Gran Recesión neoliberal, de la que Mann da cuenta en una impresionante exposición, ha supuesto un gran revés para el imperio. En consecuencia, más allá de una cierta implicación de que la crisis está en el aire, Mann tiene poco que decir sobre la viabilidad o continuidad de Estados Unidos en términos de economía política interna.

Si bien es cierto que la edad de oro ha terminado, su marco histórico general sigue vigente, aunque sea a duras penas. Se trata de la estructura que ha marcado, de forma desigual, la vanguardia del poder colectivo desde la Edad Media, y que Mann denomina (poco felizmente) «civilización de actores con poderes múltiples» [*multipower actor civilization*], descentralizada, en conjunto no imperial y productivamente competitiva en lugar de serlo letalmente: primero Europa, después Occidente y luego tal vez el mundo. Actualmente el espacio para los señores de las fronteras –forasteros o primitivos de las tierras adyacentes que podrían repentinamente tomar el mando de los centros avanzados y convertirlos en algo más poderoso y dinámico, solo para cedérselos a su vez a nuevos forasteros– ha desaparecido. Los últimos señores de las fronteras fueron los imperios de Estados Unidos y la URSS, que tomaron el centro de la escena a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Por muy poderosa que China se haya vuelto, no se convertirá en otro señor de las fronteras, pues lo cierto es que la RPCh ya está dentro. Bien podría convertirse en la nueva «vanguardia», pero es y seguirá siendo parte de una civilización de actores con poderes múltiples (el reciente unilateralismo estadounidense está condenado al fracaso).

El momento *lib-lab*, que fue la edad de oro en Occidente, es a ojos de Mann un capítulo aparte, pero ello no es óbice para que muestre un gran respeto por la RPCh, cuyos pragmáticos dirigentes han protagnizado el mayor caso de crecimiento sostenido que el mundo haya visto en los tiempos modernos. Esto lo ha logrado a base de *mantener el control*, con una fuerte dosis de inteligencia reguladora del Estado. He aquí un Estado y una nación cuyos gobernantes pueden decidir y actuar juiciosamente. Mann evita incluso juzgar la revolución como revolución. Destacando que el crecimiento chino comenzó ya en lo que todavía era una fase posrevolucionaria maoísta –contradiendo el énfasis más convencional que lo sitúa en el giro reformista y capitalista posterior a 1978-1979–, señala que China siempre estuvo más descentralizada que la URSS, y con un Partido más firmemente anclado que su homólogo soviético. Ahí estaba su prolongada defensa de los campesinos, así como la noción de Mao de que garantizar una cierta autonomía tenía una importancia estratégica. Así que a pesar de las locuras

utópicas del Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural, la República Popular China pudo construir sobre bases sólidas cuando se abrió a la experimentación económica, mientras el PCCh proporcionaba un «marco sorprendentemente ordenado para el desarrollo» mediante una calibrada adecuación de medios y fines que funcionó. Ciertamente hay problemas de autoritarismo, corrupción y degradación medioambiental, pero son problemas que Mann considera con relativa indulgencia, fijándose en su lugar en China como un Estado-nación no exportable pero increíblemente eficiente, que no es ni siquiera propiamente capitalista, pues no hay derechos absolutos de propiedad y toda la tierra continúa siendo propiedad del Estado.

En el escenario que dibuja Mann, el desafío chino a Estados Unidos se mantendrá probablemente como hasta ahora, es decir, intramuros. Aun así, el poder relativo del gigante estadounidense está condenado a declinar. La narrativa que hace Mann del imperio estadounidense se centra en dos periodos, que pinta con sendos colores contrastados: 1945-1980 y 2001-presente. El poder económico entra en juego en ambos, pero tiene también un recorrido propio (véase al respecto su análisis del neoliberalismo). La Segunda Guerra Mundial, argumenta, esencialmente remató los viejos imperios, dejando vía libre para que los dos señores de las fronteras se enfrentaran entre sí en lo que sería la Guerra Fría: «Un enfrentamiento geopolítico intensificado por un choque de poder ideológico desplegado a escala global». Pero a Mann la Guerra Fría no le interesa mucho. Ambas partes se temían entre sí con razón, ya que cada una de ellas solo podía avanzar a expensas de la otra. Luego el miedo dio lugar a la acción excesiva, compensatoria, especialmente en el caso de Estados Unidos (tenía más poder para hacerlo). La Guerra Fría, sin embargo, se convirtió en un conflicto estabilizado y en gran medida mensurable, sobre todo en su aspecto más importante: las armas nucleares. Así, Mann despacha la Crisis de los Misiles, el momento más peligroso de la historia de la humanidad, con algunas observaciones dispersas en el sentido de que ambas partes entraron en razón y redujeron la tensión de lo que siempre había sido una jugada torpe por parte de los soviéticos y, sobre todo, de los cubanos. Por el contrario, tal y como Robert McNamara lo expresó en la década de 1990, una vez que se hubieron desvelado las incógnitas espeluznantes de aquellas jornadas, no fue la racionalidad lo que nos salvó, sino la «pura suerte». Fue solo después de la Crisis de los Misiles cuando las armas nucleares empezaron a tener un efecto racionalizador en tanto que «asesinas de ideología», estableciendo un interés común que fue reconocido de manera explícita y cada vez más controlado, lo que llevaría al final de la Guerra Fría en su formulación clásica estadounidense.

Tal y como indica este episodio, el relato que hace Mann del conflicto geopolítico de posguerra es plano hasta rayar en lo superficial. Es como si quisiera despachar ese periodo histórico con prisa para llegar a asuntos más

recientes e interesantes. Así tenemos tres páginas sobre Vietnam y diez veces más, con detalles anestésicos, sobre la reciente invasión y ocupación de Iraq, una historia conocida por cualquiera que haya estado medio despierto en esta última década. Aún más sorprendente es el hecho de que no haya ninguna referencia a la geopolítica triangular entre Washington, Moscú y Pekín. El conflicto chino-soviético solo se menciona de pasada, la «apertura» de Estados Unidos hacia la República Popular China, entonces todavía un régimen radical, no aparece por ninguna parte, por mucho que desde el punto de vista de la Guerra Fría diera lugar a una alianza cuando menos singular y anómala. Richard Nixon y Henry Kissinger reciben poca atención. Mann piensa mucho en los efectos disuasivos de las tácticas de «tierra quemada» desplegadas de forma masiva en lo que fue el ostensible fracaso estadounidense en Vietnam: otros supuestamente tomaron nota y así no cayeron más piezas de dominó, ni en la región ni en otro lugar. En cambio, la realidad es que fueron precisamente las consecuencias de Vietnam las que llevaron a Estados Unidos a descartar en lo sucesivo aventuras similares, restringiendo incluso la acción encubierta y limitando en cualquier caso el número de lugares considerados potencialmente revolucionarios. Su ubicación principal radicaba en el área ocupada por el imperio portugués y en el Cuerno de África. Este fue, de hecho, un momento en el que por primera vez la Unión Soviética podía desafiar a Estados Unidos en un sentido logístico; pero la intensificación tuvo lugar en un contexto de «distensión» y de alianza de facto de Estados Unidos con China, y en consecuencia no se llevó a cabo en el marco clásico de la Guerra Fría.

Teniendo en cuenta que Mann ha sido un perspicaz observador de la geopolítica en el pasado, la falta de agarre que demuestra en lo que respecta a estas cuestiones en este volumen IV es sorprendente. Está mucho más interesado en la crisis económica de la década de 1970 y en sus efectos prolongados. Tal vez esto sea así porque sabemos cuál de los dos imperios acabó prevaleciendo; y así la retrospectiva alternativa a la geopolítica concebida como una estructura interactiva es el «imperio» de la «vanguardia» y sus diversas hazañas, imperio entendido no como sistema, sino como *una serie de opciones políticas*. Estados Unidos puede ser un imperio, pero no es el centro del imperialismo propiamente dicho, ya que parece tener la opción de decidir en qué medida quiere ser imperioso. Procediendo de manera taxonómica, como le gusta hacer, Mann establece tres tipos ideales de imperio moderno: directos, indirectos e informales (y estos últimos se subdividen a su vez en imperios de las cañoneras, imperios por delegación e imperios económicos). Luego está también la hegemonía, que se define como un «liderazgo rutinario», considerado normal o legítimo por los subordinados y que no implica coerción real ni mando y a veces ni siquiera dominación. Hasta qué punto esto constituya otro modo de imperio, o si por el contrario

se trata de una modalidad no imperial, es algo que Mann deja en la ambigüedad. Estados Unidos ha encarnado en uno u otro momento los cuatro tipos de dominio, ya sea en combinación o sucesivamente, aunque en la época de la posguerra y en las áreas geográficas avanzadas ha tendido más bien hacia la hegemonía.

El imperio directo –sostiene Mann– era siempre de carácter temporal: los estadounidenses estaban demasiado cómodos como para querer establecerse colonialmente fuera del país. Una afirmación que simplemente no es cierta. El hecho es que los estadounidenses no tuvieron necesidad de establecerse como colonos para convertir una enorme zona del Pacífico Sur en un imperio colonial: miles de islas permanecen aún hoy en los varios estadios de esa categoría de «territorio no incorporado» que los tribunales inventaron hace un siglo para prever la presencia no constitucional de partes desiguales e insulares de «Estados Unidos», a la vez dentro y fuera de él. Así, Guam es pura y simplemente un espacio militar, pero técnicamente se define como «un instrumento» del Congreso de Estados Unidos, estatus que, por otra parte, no lleva aparejada cláusula temporal alguna. Si dejamos a un lado el imperio directo, la tarea pendiente de Mann es clasificar dónde y cuándo Estados Unidos ejerció otras formas de poder en el extranjero. Cuatro macrorregiones muy diferentes aparecen en este sentido como objetos de su política: Occidente, Asia Oriental, América Latina y Oriente Próximo. Acertadamente, Mann sostiene que el imperio estadounidense aplicó diferentes enfoques a cada una de estas regiones: hegemonía en Europa; imperio indirecto, informal y tendente a la hegemonía en Asia Oriental; imperio informal e intervencionista en América Latina; imperio por delegación e intervencionismo en Oriente Próximo, acompañado de un apoyo anómalo a Israel. La opción preferida de Mann, como es natural, es la hegemonía tal y como la ejerció en Occidente. Aquel era un sistema «multilateral y mutuamente beneficioso», que proyectaba «una zona de paz en la mayor parte del hemisferio Norte» y en partes del Sur. El Plan Marshall fue ejemplar (es llamativo que ignore la evaluación escéptica que al respecto hizo Alan Milward). Si esto era imperio, era «una forma exitosa, racional y muy ligera de dominación», «invisible para la mayoría de los europeos». En realidad, sin embargo, los espacios extraterritoriales estadounidenses a lo largo de las autopistas y en otros lugares, por no hablar del cuarto de millón de militares en Alemania Occidental, estaban muy a la vista de todos los alemanes occidentales, cualquiera que fuera su opinión –que variaba– acerca de dicha presencia.

Aun así, a pesar de que sin duda era la mejor opción, esta «vía septentrional» de hegemonía generosa apenas se siguió en otros lugares. Por lo tanto, desde una perspectiva más general de las cosas Mann considera que las opciones políticas reales dejaron mucho que desear: demasiado imperio

y poca hegemonía; demasiada represión y demasiada dependencia de reaccionarios locales, poca reforma y falta de apoyo inteligente a gente sensata y decente. Las estrategias a gran escala podían haber sido racionales en los casos en los que hubiera una verdadera amenaza comunista, pero tal cosa no ocurría a menudo. La paranoia anticomunista a escala interna pervirtió las opciones políticas. Pero si el imperio es opcional, ¿qué tiene entonces de imperial? La respuesta de Mann es en este sentido inconsistente. Por un lado, el imperio estadounidense hace lo que hacen siempre los imperios, que es avanzar hasta que chocan contra un muro. Y, por otro lado, no solo podía este imperio particular optar por ser no imperial, sino que realmente a Estados Unidos le habría resultado rentable tomar el camino de la hegemonía benevolente con más frecuencia. ¿Por qué entonces Washington no adoptó un enfoque más inteligente? La mayoría de los estadounidenses tenían, sin duda, una comprensión superficial de las realidades extranjeras y eran propensos a un temeroso anticomunismo, un caso de exceso ideológico, diría quizá Durkheim. Mann también hace alusión a la lógica de la «estabilidad». A su manera lo real era racional, y si la realidad en, pongamos, América Latina era la de los terratenientes reaccionarios y oligarcas, entonces atacarlos con «reformas» en ausencia de una significativa clase media, encantadora y liberal era arriesgarse a la radicalización y a la desestabilización. Mejor, entonces, seguir con lo predecible.

Si bien es cierto que Estados Unidos, a ojos de Mann, con frecuencia jugó mal sus opciones, es vehemente a la hora de reprender a los revolucionarios y a los soviéticos por su propia locura. Mann es hostil al cambio revolucionario. «Las revoluciones son rara vez una buena idea», dice con su típico estilo campechano. Suelen comportar grandes dosis de ideología, en el mal sentido del término. La reforma es buena porque es menos ideológica y más sensata. Qué desgracia la de los rusos, concluye Mann: dos revoluciones en un solo siglo. En un determinado momento llega a sorprenderse a sí mismo, cuando declara que no está emitiendo ninguna «condena general de los revolucionarios», pero en la práctica esto es más o menos lo que hace. Los cubanos merecen una forma particular de reproche. Mann nada dice acerca de su revolución o su legitimidad, aunque apunta que Estados Unidos se equivocó al no asegurarse aliados locales antes de montar la operación de Bahía de Cochinos. La Habana recibe un rapapolvo por ser irracional al desafiar a Estados Unidos en América Latina y por desencadenar lo que se convertiría en la Crisis de los Misiles. Por otra parte, los cubanos actuaron como representantes de los soviéticos durante la Guerra Fría, presumiblemente en África. Incluso una mirada superficial a la obra de Piero Gleijeses le habría hecho saber que Cuba era cualquier cosa menos un peón de Moscú, que a menudo se vio forzado por La Habana a seguir sus pasos. También habría aprendido que la intervención cubana en Angola fue

una respuesta a la llevada a cabo por la Sudáfrica del *apartheid*, con el apoyo de Washington. Hablando de racionalidad, no tiene prácticamente nada que decir sobre esa especie de *vendetta* de estilo mafioso y rayana en lo patológico contra Castro. La última frase de su sección sobre América Latina muestra con meridiana claridad lo ahistórico que resulta su relato: «El imperio estadounidense fue negativo para el continente americano, así como también lo fue el imperio soviético». Tal equiparación es absurda. El papel que jugó Moscú en América, bueno o malo, fue insignificante, como bien sabe Mann. Y mientras que los soviéticos podían haber tenido margen de elección, normalmente los revolucionarios carecían de él, pues la decisión existencial («valor-racional») —el «no puedo hacer otra cosa»— a menudo significaba resistir un sistema asesino de poder que no dejaba otra alternativa.

En ningún momento se pregunta Mann si no habría de hecho algo racional en el exceso ideológico de la Guerra Fría, una razón sistémica para optar por el factor «estabilidad» y evitar la reforma estrictamente perseguida. ¿No habrá alguna razón más profunda, al margen de los errores políticos, que explique que Washington actuara mal en lugar de «mejor», como dice Mann? Su falta de interés real en la Guerra Fría le impide responder a esta pregunta. Porque mientras Estados Unidos sin duda puede ser concebido como un imperio involucrado en una confrontación de posguerra con otro imperio, no fue así como se puso en marcha ese empuje global comúnmente conocido como Guerra Fría. Históricamente, la Guerra Fría fue una invención y un proyecto de Estados Unidos. Quienes la lanzaron no solo temían a la Unión Soviética, sino al propio Estados Unidos: temían la probabilidad de que la reacción de posguerra en el país no permitiera el *globalismo* que ya se había proyectado en términos muy claros durante la guerra. La Guerra Fría fue lo que hizo del *globalismo*, y con él la contrarrevolución, una propuesta indiscutible en el ámbito interno. El significante principal no era el «imperio» (término políticamente inadmisibles en Estados Unidos excepto como designación dirigida a la Unión Soviética), sino la «seguridad». La ideología de la seguridad era a la vez eminentemente flexible y extremadamente rígida. Como lo que estaba en juego era el mundo entero, en principio nada escapaba al margen de discrecionalidad de la potencia encargada de preservarlo de la invasión totalitaria a la hora de emprender las acciones que estimara oportunas. No había límites intrínsecos a lo que dicha potencia tenía que hacer. El precio fáustico para disfrutar de esta licencia general era una inversa rigidez estratégica: si cada una de las partes del indivisible «mundo libre» era igualmente importante, era difícil optar por *no* hacer nada. De ahí la gran dificultad política a la hora de explicar, con el Plan Marshall de fondo, que se desplegaba en esos mismos momentos, por qué Estados Unidos se abstuvo de llevar a cabo una significativa intervención contrarrevolucionaria en China. El resultado fue un riesgo

permanente de exceso estratégico y falta de diferenciación, que culminó en el gran error de Vietnam.

En términos generales, sin embargo, lo cierto es que la Guerra Fría permitió a Estados Unidos establecer un sistema global de protectorados en forma de alianzas de seguridad. Dicho sistema puede leerse en clave de «imperio», pero este término no da cuenta de su lógica. El de «imperio optativo» es un concepto vacío, que en sí mismo no explica nada. La noción de seguridad, por otra parte, es problemática para el modelo de las cuatro fuentes de poder –ideológico, económico, militar y político– desarrollada por Mann, ya que no separa el poder político del militar, si bien una alianza como la OTAN los funde. La virtud conceptual de la seguridad es que todo, cualquier cosa, puede caer dentro de la misma. No hay límites a su alcance potencial. Ante ella el Estado liberal se evapora. Una vez implantado, un sistema de seguridad puede adoptar vida propia, en forma de dispositivo que define las amenazas, se encarga de la vigilancia, de la defensa de los aliados, así como de la adopción de contramedidas y de constantes acciones preventivas. La estructura es entonces muy difícil de dismantelar. Ante una amenaza ilimitada, siempre es mejor errar por exceso que por defecto. Durante la Guerra Fría propiamente dicha (hasta 1963), siempre se podía argumentar que el gobierno de Washington, ya fuera demócrata o republicano, no estaba haciendo lo suficiente: *por definición* siempre había una brecha, un déficit de seguridad.

En el relato que hace Mann del primero de los periodos analizados –1945-1980– todo esto queda en un segundo plano. En Japón y en Europa Occidental, se dice que Estados Unidos dejó de interferir en los asuntos internos después de 1950, al tiempo que restringía el alcance de su interferencia en otros lugares. Pero la historia de Italia durante la Guerra Fría no se corresponde con esto. Y menos aún se corresponde la de América Latina, un capítulo para el que Mann recurre con demasiada frecuencia a la obra de Hal Brands (palabra clave: *Us Rule Lite* [gobierno estadounidense leve]), sin tener en cuenta la crítica a la que ha sido sometida. Y sobre todo, y en términos más generales, Mann no es capaz de ver que en la mayor parte del «mundo libre» Estados Unidos no necesitó actuar como una potencia colonial, ya que las diversas elites nacionales estaban atadas a un sistema de seguridad en la línea marcada por Hobbes o Schmitt: protección a cambio de obediencia. Mann pone en primer plano la primera, pero minimiza o se olvida de la segunda. Un protectorado permite al Estado protector disciplinar y castigar. En el poder de decidir cuándo y cómo hacerlo hay una exigencia que pasa por encima de la soberanía.

Todas estas cuestiones sufren una abrupta alteración cuando Mann llega a la época contemporánea. Desde 2001, Estados Unidos se ha convertido en una especie de imperio irracional, un ejemplo excepcional de locura

ideológica. El porqué de esta transformación –de protector sensato y en general benigno de Occidente a temerario aventurero omnipresente– queda sin explicar. En un primer momento, Mann pensó que era el resultado de un golpe palaciego por parte de Cheney y una camarilla de neoconservadores militaristas para los que, como aseguró a los lectores de *Incoherent Empire* (2003), la democracia estadounidense tenía el remedio: todo lo que había que hacer era echar a Bush del gobierno en las elecciones del año siguiente. En el momento en que escribe este volumen IV sus esperanzas se han desvanecido, por mucho que el presidente sea mejor. Ahora dice que no puede perdonar a Obama por continuar la guerra de Bush contra el terrorismo, junto con el asalto a las libertades civiles. Su desagradable sorpresa habría sido menor si hubiera empezado por hacer un análisis más crítico del sistema de poder global de Estados Unidos. *Incoherent Empire* hablaba, en el mejor de los casos, de un nuevo «militarismo» norteamericano. Este confuso término puede ser leído como síntoma de una debilidad que atraviesa el volumen IV. En él, el lugar del poder militar en la historia del mundo ha perdido relevancia, con lo que el actual militarismo estadounidense no puede ser más que un remar irracional a contracorriente de los tiempos.

Pero una cosa es decir que el poder militar en forma de guerra interestatal ha disminuido, y otra muy distinta decir que ha disminuido el poder militar como tal. Mann tiene razón en lo que respecta a la guerra interestatal, lo que de hecho supone un cambio monumental. Hoy día el conflicto armado se ha convertido normalmente en guerra irregular o bien en guerra civil: en guerra por el Estado en lugar de entre Estados. Mann señala que la guerra, tal y como se entiende de modo convencional, actualmente es ante todo prerrogativa de Estados Unidos y sus aliados. Con esa excepción irracional, lo que ha habido es una pacificación mundial. ¿Qué implicaciones tiene que Estados Unidos ya no sea el «señor global de la guerra», sino un organizador mundial de sistemas de seguridad militar? ¿Qué tipo de poder proyecta y mantiene el Pentágono, una de las instituciones más globalizadas, si no *la* más, del planeta, y su concepción del «dominio de espectro total»? ¿No hay un inmenso potencial punitivo en semejante dispositivo? Y si es así, ¿no implica esto una especie de pacificación que es menos normativa que coercitiva? Aquí Mann no sale bien parado. No ofrece, en este volumen IV, ninguna sociología del poder militar, o en todo caso nada comparable con la atención y el tratamiento que dedica al poder económico y financiero. Es como si la mera perversidad histórica de lo que él concibe como mero militarismo obstruyera cualquier exploración del mismo. Lo cual es una lástima, porque en el pasado uno de los verdaderos puntos fuertes de Mann era esa capacidad suya de someter la violencia militar en tanto que fuente independiente de poder a un análisis histórico serio, trascendiendo la división habitual, que no lleva a ninguna parte, entre interior y exterior,

entre las operaciones exteriores del Estado y el funcionamiento interno de la estructura de clases. Baste recordar, en este sentido, el brillante capítulo del volumen I sobre el Imperio romano.

Mann concluye su obra con un sombrío *finale* sobre el cambio climático. Aquí el imperio, en cualquiera de sus acepciones, no es el problema. El calentamiento global es el producto de una interacción fatídica entre el Estado-nación, el capitalismo y el individualismo liberal. Su exposición científica es clara y su estimación de las probabilidades de detenerlo, pesimista. Observa con desazón que si mucho de lo que ha venido considerando «bueno» en los capítulos anteriores se intensificara y expandiera, el efecto sobre el clima sería catastrófico. Se necesitan cambios radicales en los modelos de crecimiento, así como controles en clave de cooperación impulsados por Estados fuertes. De lo contrario el pronóstico es espantoso. El problema es indiscutible y evidente, pero no está «arraigado en la experiencia cotidiana de la gente», por lo que los incentivos políticos para enfrentarlo están en gran parte ausentes. Tal vez esto cambie cuando el efecto del bumerán global se note en casa, pero Mann no es optimista al respecto.

El cambio climático es la más ominosa de las «globalizaciones» polimorfas que Mann evoca en su subtítulo. La globalización no es un proceso único: no está tomando el mundo en un sentido determinado, ni está socavando el Estado-nación de manera directa y unívoca, como si ambos procesos se dieran en una relación de suma cero. Su actitud es escéptica al respecto: el que un fenómeno esté adquiriendo una dimensión global no es de por sí especialmente interesante, ya que bien puede ser más de lo mismo. Un fenómeno globalizador que destaca en su panoplia, sin embargo, es el capitalismo, el cual presenta, en los tiempos modernos y nunca como en este último siglo, la dinámica más constante de entre los cuatro tipos transhistóricos de poder que mencionaba anteriormente. Si esto es así, tenemos que preguntarnos si, después de todo, no habrá algún tipo de jerarquía causal en los poderes ideológico, económico, militar y político teorizados por Mann. Su respuesta es negativa: no puede otorgársele una primacía definitiva al poder económico en general o al capitalismo en particular. No hay una teoría general de la sociedad ni de su mecanismo causal. Por mucho que *en la práctica* el capitalismo resulte ser la vanguardia, en realidad no hay nada que pueda decirse sobre su lógica histórica o dirección sistémica al margen de su manifestación real en entornos históricos específicos. Lo que se manifiesta, sin embargo, es esencialmente un dispositivo invariable, que se define por un conjunto de características –producción de mercancías, trabajo asalariado, clases sociales– que se combinan dando lugar a un modelo económico que necesita para funcionar bien de una inteligencia externa que lo supervise. El instrumento para ello es el que es y así seguirá siéndolo. La pregunta, entonces, es cómo se utilizará dicho instrumento: si de forma

brillante, como en la Edad de Oro, o espantosamente mal, como en la Era Neoliberal. ¿Se trata entonces de una simple cuestión de elección, sensata o estúpida? Como *concepto*, el capitalismo de Mann es curiosamente estático y ahistórico. No es de extrañar que, al rechazar todas las teorías cíclicas y de desarrollo del capitalismo, Mann encuentre el largo declive de Occidente desde la década de 1970 difícil de abordar. El proceso se convierte en una serie de factores y acontecimientos contingentes, que se suman para llegar a un punto muerto. Es más fácil, en lo inmediato, abordar la crisis más delimitada que representa la Gran Recesión Neoliberal.

Los modelos parcos se cobran a continuación un precio determinado. Así que si Mann procede, como ha insinuado, a escribir un quinto volumen centrado en la teoría, debería volver a indagar de forma más incisiva en este problema del capitalismo y la direccionalidad. Del mismo modo, tendrá que decirnos qué ha pasado con las distinciones que en gran medida ha dejado caer en el presente volumen: poder autoritario o difuso, intensivo o extensivo, ideología inmanente o trascendente. La ideología, en particular, ha sufrido una pérdida de energía conceptual. Los cambios reales en la producción y el consumo contemporáneos de ideología, con la llegada de las pantallas ubicuas, Internet y la comunicación instantánea, son en su mayoría pasados por alto. Una nueva evaluación de este tipo también podría prestar más atención a nociones que compiten hoy en día, tales como, por ejemplo, los sistemas diferenciales de Luhmann o la gubernamentalidad y el biopoder de Foucault. Y sobre todo, a uno le gustaría saber cómo es posible que el pragmático cuarteto de las fuentes del poder generado por la Michael Mann Machine parezca estar destinado a desembocar de manera tan sensata en la pragmática política *lib-lab*.